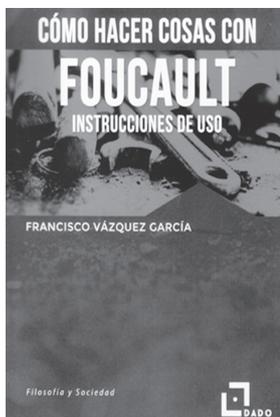


de Carlos III. El castigo «ejemplar» de Olavide, consecuencia de la venganza de Grimaldi contra el conde de Aranda», *Vegueta: Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 15, 2015, pp. 373-400). En Medina irían poco a poco apagándose las luces de Ensenada, aunque manteniendo el nivel de vida y la dignidad hasta el final de sus días, con visitas de antiguos amigos como Grimaldi. El libro se cierra con una extensa bibliografía que respalda la publicación y ayuda a profundizar en el protagonista y su época a aquellos lectores más exigentes.

Como hemos podido comprobar, la obra que analizamos traza una completa semblanza de don Zenón de Somodevilla y Bengoechea, marqués de Ensenada, quien desde unos humildes orígenes hidalgos pudo ascender en la Cortes borbónicas de Felipe V y Fernando VI hasta conseguir una de las cotas de poder más importantes, imponiendo su visión del Estado y mostrándose como una de las figuras más influyentes del siglo XVIII español.

VÁZQUEZ GARCÍA, F., *Cómo hacer cosas con Foucault. Instrucciones de uso*, Madrid, DADO Ediciones, 2021, 238 pp.

Álvaro Castro Sánchez
Universidad de Córdoba



El libro que reseñamos invita a varias lecturas complementarias dependiendo del nivel en el que se fije la perspectiva desde la que se aborde. En el primero de ellos y más visible, presenta un detallado *manual de instrucciones* para la «caja de herramientas» de la obra de Michel Foucault, concepto de origen deleuziano bajo el cual y con frecuencia se han reunido las aportaciones del exitoso filósofo francés y su gran

prodigalidad. Pues hay que reconocer que su influencia es enorme en los campos de la filosofía, las humanidades y las ciencias sociales: de los Estudios Culturales o de Género, a la Historia social y los Estudios Poscoloniales, etc. etc., su presencia es continua pues no en vano, su obra abrió nuevas puertas haciendo pasar al ámbito de la investigación otros objetos de estudio (por no decir, foucaultianamente, que contribuyó a construirlos). Así, conceptos como «dispositivo» o «biopolítica», se han incorporado definitivamente no solo a buena parte de los discursos académicos que abordan las «relaciones de poder», sino también están presentes en los mundos del activismo político, artístico, etc.

A las «grandezas y miserias» de esa presencia se dedica el primer capítulo, aportando un actualizado recorrido crítico sobre los «usos» y «abusos» de esas herramientas

conceptuales, así como más en concreto, de las líneas de investigación que las frecuentan o para las que constituyen parte esencial de su marco teórico.

Foucault fue lo que se llama un «fundador de discursividad» que, como también lo fueron Marx, Nietzsche o Freud, con su obra abrió un marco de posibilidades de reflexión, investigación y creación de textos que teniéndolo como referencia, le son independientes. Pero su obra no se puede agrupar bajo un epígrafe (*teoría del discurso*, del *poder* o del *cuidado de sí*) que lo coloque plácidamente en la continuidad de la tradición filosófica. Así, Vázquez ofrece también una visión de conjunto del orden y significado de aquella en un segundo nivel de lectura en el que se apoya el primero. Existe una *creencia* filosófica, una «concepción heredada» de la Historia de la Filosofía, que se interioriza en los años de formación universitaria y se hace disposición en el *habitus academicus* del profesorado. Dicha creencia obliga a que los/as autores/as tienen que leerse dentro de un proceso causal y continuo de historia interna de las ideas, para lo cual hay que empezar señalando a sus maestros, la tradición en la que se inserta, sus sistema, así como su desarrollo e influencia posterior, etc. El objetivo sería presentar una singularidad, a través de alguna novedad o genialidad inédita hasta entonces, que permita la comparación con otros, aunque estén totalmente alejados en el tiempo y su obra respondiera a circunstancias diferentes. Respecto a la construcción de esas síntesis, entendida como la fabricación artificiosa de continuidades entre autores o de la coherencia de una obra, Foucault llamó la atención en la primera parte de su libro *La arqueología del saber* (1969), el cual ocupa un lugar fundamental en el estudio que reseñamos, señalando de qué modo ese tipo de operaciones reducen la diferencia y olvidan el campo complejo de discursos en el que se realiza la historia de las ideas.

Así que la obra de Foucault, a pesar de los intentos del canon filosófico de darle sistematicidad, se compone de elementos fragmentarios, de ideas o «pistas de trabajo» que abren campos de atención bajo perspectivas originales: la clínica, la locura, el encierro, el panóptico, el racismo, la sexualidad, la biopolítica, el poder... Pero el peligro de dicha fragmentación posibilita que en ocasiones sus herramientas adquieran usos poco adecuados e incluso muy alejados del carácter crítico que en sí mismo contienen. Por ello, el autor realiza un recorrido por los usos más habituales. En primer lugar, hay que diferenciar la investigación teórica (en Filosofía, Ciencias Sociales, etc.) de las instrumentalizaciones extra-académicas, destacando -a nuestro parecer- las del activismo político y de los movimientos sociales (Lgtbiq+, minorías étnicas, movimientos decoloniales, etc.). En segundo, también distinguir entre quienes adoptan la obra de Foucault como «marco» con relativa exclusividad a la hora de abordar una problemática, de quienes usan conceptos de forma difusa y ocasional, cuyas variantes se recorren aquí. Entre ellas se encuentra la del «alarde teórico», que como dice Vázquez, tiene que ver bastante con los rituales de la vida

académica (con aquel, añadimos aquí, *exhibicionismo* conceptual del que hablaba J. C. Passeron en *El razonamiento sociológico*). El hecho de que Foucault sea un autor que cotiza aún muy al alza en el mercado de bienes simbólicos, tanto intelectual como militante, obliga desde nuestro punto de vista a un estricto control epistemológico (y a una especie de *ascesis* terminológica) si el objetivo es aportar reflexión y conocimiento críticos.

El recorrido por los diversos usos, como el segmentario, heurístico, programático, *poiético*, etc., el autor lo ilustra con referencias de la actualidad investigadora en estudios sobre el Estado o el poder en el marco del neoliberalismo, los estudios poscoloniales o la Ética. En ocasiones, los mismos no se limitan a aplicar el instrumental foucaultiano, sino que también lo revisan y lo someten a crítica: esa sería un requisito para que realmente lo suyo fuese efectivamente una caja de herramientas intelectuales y no un «supermercado».

Las segunda parte del libro se centra en fijar el objeto de aplicación de dicho instrumental en las «problematizaciones», partiendo de una aclaración que desdice la cronología habitual en la que la academia ha encajado la obra y trayectoria de Foucault al dividirlo en tres etapas: una primera de arqueología del discurso (nos podemos acordar de *La historia de la locura* o *Las palabras y las cosas*), una segunda que a partir de los años 70 se centra en la genealogía del poder (destacaría *Vigilar y castigar* así como numerosos cursos en el Cóllege de France) para desembocar, tras el análisis de las «tecnologías del yo» o la biopolítica, en la apuesta por una ética del cuidado de sí a partir del segundo volumen de la *Historia de la Sexualidad*. En ese sentido, el punto de disloque con la recepción escolar Vázquez, especialista de reconocido prestigio en Foucault y su aplicación en historia de la sexualidad, lo proporciona con su interpretación del deslizamiento desde la arqueología a la genealogía. La primera, el análisis del discurso, no es un proceder que el

francés abandonara en favor de la segunda, el de las relaciones de poder, pues ambos métodos se complementan y de ahí que el autor prefiera hablar de «arqueogenealogía»: las formaciones discursivas se constituyen en tecnologías del poder (ejercido sobre los otros y sobre sí); poner el acento en el discurso o en las relaciones de poder obedece a una diferencia de grado que se debe a una evolución, no a etapas en la trayectoria del pensador francés.

A ilustrar la metodología y sus objetos posibles de estudio dedica las dos últimas partes del libro, la primera a la perspectiva arqueológica y la segunda a la genealógica. Destacar que, además de la exhaustividad a la hora de presentar y afinar el instrumental teórico de Foucault, el autor del libro ilustra las posibles aplicaciones mayormente con ejemplos de investigación propia. Entre ellos destaca la original exploración que hizo en la obra que precedió a esta, *Pater infamis. Genealogía del cura pederasta en España (1880-1912)* (Cátedra, 2020). La misma analiza, aplicando dicha metodología arqueogenealógica, la gestación y consolidación de la figura del *sacerdote pederasta* en España a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Rompiendo el continuo que hace pensar que dicha figura obedecería a una realidad histórica antes oculta y ahora hecha visible, la obra de Foucault permite mostrar como aquello que pasa por natural (por ejemplo, la naturaleza perversa del cura pederasta que ha hecho voto de castidad y vive dedicado a la institución total de la Iglesia) puede obedecer a construcciones históricas productos del conflicto (cabe recordar el contexto del anti-clericalismo). En ese sentido, Foucault se sitúa en el lado de los filósofos y no del de los historiadores: se trata de salir siempre de la caverna, de poner en cuestión en este caso las creencias que se asumen como certezas gracias a la performatividad de los discursos y la eficacia de las tecnologías de poder, si bien tal cuestionamiento, como insiste el autor de esta obra que reseñamos, nunca debe de perder de vista ni la fidelidad al documento ni al conocimiento que proporciona la ciencia histórica.